

RELIGION

MARC ORAISON, «RECONCILIACION» («MEMORIAS»), ED. SIGUEME.—Oportuna traducción, que no tiene más fallo que la defectuosa versión de algunas palabras. ¿Por qué no cuidamos más lo que traducimos?, me pregunto. En Francia hay importantes premios literarios no sólo a las obras, sino a sus traducciones: la versión —por ejemplo— de «La tempestad» —la apasionante novela de Ilya Ehrenbourg— mereció un valioso galardón.

Este libro son las «Memorias» de un médico y psicoanalista, que luego se hizo sacerdote, y en las que nos cuenta su interesante vida de hombre maduro, llena de rasgos humanos. La crítica sincera y el sentido humano campean por sus páginas.

Difícilmente vemos unidas en un católico —y menos si es sacerdote— estas facetas de la vida, asimiladas perfectamente y expuestas con la sencillez amena de unas memorias. ■ E. M. M.

J. P. BAGOT y P. DEBRAY, «JUVENTUD REBELDE», EDICIONES SIGUEME, SALAMANCA, 175 PAGINAS.—Un sacerdote y un sejar cristiano dialogan sobre las diferentes reacciones de la juventud actual, procurando hacer luz en los complejos fenómenos que ésta manifiesta en este mundo de transformación, que revela que nuestra época —por mucho que se diga en contrario— es una época de transición hacia algo que la inmensa mayoría de los hombres no vislumbran lo que va a ser.

El libro aflora muchos temas interesantes y no profundiza en ninguno. En el fondo es un libro muy francés.

Es curioso —al hablar de los sucesos estudiantiles franceses de 1968— cómo el Padre Bagot recuerda que cualquier tiempo sincero, cualquier situación sociológica auténtica pueden ser un testimonio positivo, y el cristiano puede aceptarlos, aun sabiendo que no son ideales ni perfectos. Pone como ejemplo el tiempo bíblico anti-autoritario que se relata en la Biblia, en los libros de Josué y de los Jueces, cuando «al entrar en la tierra prometida, el pueblo hebreo empezó a vivir un largo período de anarquía». Y Dios lo bautizó «como historia sagrada».

Sugestiones hay muchas, que hacen pensar, y desear profundizar en los problemas con más seriedad de la que se acostumbra. ■ E. M. M.

JUAN XXIII, «CARTAS A SUS FAMILIARES», EDICIONES PAULINAS.—El secretario del Papa Roncalli publica las numerosas cartas que este último escribió a su familia a través de su larga vida.

La primera impresión al leerlas rápidamente —como le ocurrió a Monseñor Capovilla, su coleccionador— es una cierta insignificancia. Son las cartas de un sacerdote rural a su familia campesina.

Y, sin embargo, de este sacerdote —cuando fue Papa— ha venido —tal y como él se descubre a sí mismo en estas cartas— la más importante reforma acaecida en la Iglesia católica.

¿Por qué? Por su arraigo con la tierra, con la realidad. Ese realismo enfocado a la luz del Evangelio, que es un mensaje de redención humana, no sólo en la otra vida, sino también en ésta, es lo que le llevó a hacer lo que hizo. En él se aprecia, tras la insignificancia familiar, la «fuerza de los pobres», el querer descubrir siempre «los signos de los tiempos» y vivir él personalmente una «Iglesia de los pobres». Por eso, aunque a muchos no les digan nada estas cartas, son, sin embargo, un documento histórico digno de analizar. ■ E. M. M.

TEATRO

El triunfo de Gades

De la tensión existente entre teatro y «flamenco» —pongamos ahora el término entre comillas, soslayando cualquier consideración peyorativa y empleándolo en su mejor y más auténtico sentido— se ha escrito mucho. Y siempre, claro está, en contra de tan difícil matrimonio.

mundial del momento se está planteando la necesidad de sustituir la idea de espectador por la de participante, y que toda la arquitectura evolucionara para romper la vieja y férrea barrera divisoria, quizá podríamos concluir que el teatro moderno está queriendo crear una atmósfera parecida a la que siempre se ha respirado en las tertullas de cabaletas, bien distinta de esa endomingada solemnidad de nuestros teatros. Las peticiones de Grotowski sobre la conveniencia de un público escaso —generalmente inferior al centenar de espectadores— son un buen ejemplo de los problemas estéticos y económicos con que tropieza la conquista de esa intimidad.

Pero no es sólo ése el problema. El artista flamenco se

co —el orden del espectáculo teatral—, a través del cual es casi imposible salvar la verdad personal del cantor, del bailarín o del guitarrista. Docenas de espectáculos seriamente flamencos han resultado, en definitiva, una pugna entre lo auténtico y lo gratuito, entre la verdad dramática del canto y del baile y la purpurina de trajes y decorados, entre la emoción de los solistas y la inevitable frialdad e inexpressión de Dios sabe cuántos bailarines alzando a un tiempo la pierna. Las involuntarias parodias que, en este aspecto, ha elaborado el llamado «baile español» son infinitas.

Yo siempre he creído que si el flamenco aceptaba el escenarío, debía intentar tomarlo lo más desnudo posible, procurando llevar a él su propia y sustancial austeridad, confiando en que esta última llegara a cobrar, por sí misma, un valor espectacular. Valor que aparecería entonces como un elemento natural y coherente, en vez de superpuesto y artificioso. Con este criterio —luces, cámara y ausencia de decorados— monté yo, hace años, aquella «Antología Dramática del Flamenco», que valiera a Manuela Vargas un premio del Teatro de las Naciones; con las mismas ideas ha presentado Antonio Gades su último y excelente espectáculo de la Zarzuela.

Otro elemento importante en este trabajo de nuestro gran bailarín es su voluntad de integrarse al conjunto. Cierta que, atendiendo a su superior calidad y a su condición de inesquivable «estrella» del espectáculo, es intérprete solista en varias ocasiones y marca los puntos altos de la jornada, pero ello se produce de un modo natural, como algo que se deriva inexorablemente de su trabajo, y no como imposición previa a los espectadores. Todo el espectáculo está, de principio a fin, lleno de ejemplares detalles, a través de los cuales Antonio Gades salva, a su vez, su condición de primerísima figura —quizá, hoy, la primera— del «baile español» y su integración a sus compañeros de trabajo. El hecho, tratándose de lo que se trata, es importante, porque, distanciándose del ceremonial del ballet con sus grandes solistas, contribuye a que el espectáculo aparezca como la expresión de una colectividad



Se rompe la imprescindible intimidad, se ha dicho; la relación inmediata entre el que se manifiesta y el grupo de los que, viendo y escuchando, participa de la manifestación, es sustituida por una relación necesariamente lejana e insolidaria. Acusación interesante, en cuanto da testimonio de que la arquitectura y la disposición de nuestros teatros responde a una voluntad de «separar» espectadores y espectáculo, frente a la integración que demanda el canto y aun el baile hondo. Si pensamos que el mejor teatro

ve sometido, en el teatro, a una medida, a una disciplina de tiempo y espacio —ritmo general del espectáculo y necesidad de sujetarse a los puntos y caminos trazados por los focos—, que le impide o coarta su expresión. Si, generalmente, muchos posibles bailarines se quedan en bailarines, dominados por la técnica de las academias o las exigencias de una coreografía colectiva, sin ritmo ni realidad interior, cuando el «flamenco» sube a los escenarios la cosa se agrava, porque aparece un orden estético

popular, en perfecta coherencia con las raíces sociales del arte ofrecido.

Un extraordinario éxito, pues, de Antonio Gades y su compañía. El primero, como genio creador, como hombre que hace del baile una expresión llena de sentido, y que ha sabido superar gran parte de las limitaciones teatrales y coreografías de los espectáculos de «baile español». Sólo cabría, en última instancia, reprocharle el artificio con que juegan algunas luces —hay, sobre todo, una luz a base de focos laterales y entre cajas, terriblemente convencional y áspera—, frente a la naturalidad y belleza con que son empleadas en la mayor parte del espectáculo. Citemos los nombres de la compañía: Cristina Hoyos, Luisa Romero, Carmen Villa, Lydia Sanclemente, Pilar Cárdenas, Antonio Gades, Juan Antonio, Félix Ordóñez, Antonio Alonso, Enrique Esteve, los cataores «El Lebrijano», Tomás de Huelva, Orillo, y los guitarristas Emilio de Diego, Daniel Moya y Juan Jiménez. Cantando con varios colaboradores, ésos fueron los dieciséis nombres que triunfaron clamorosamente en la Zarzuela. Cuando llegamos al final del espectáculo, pese a la inmensidad de la sala, se había producido una excepcional aproximación entre el escenario y los espectadores. ■

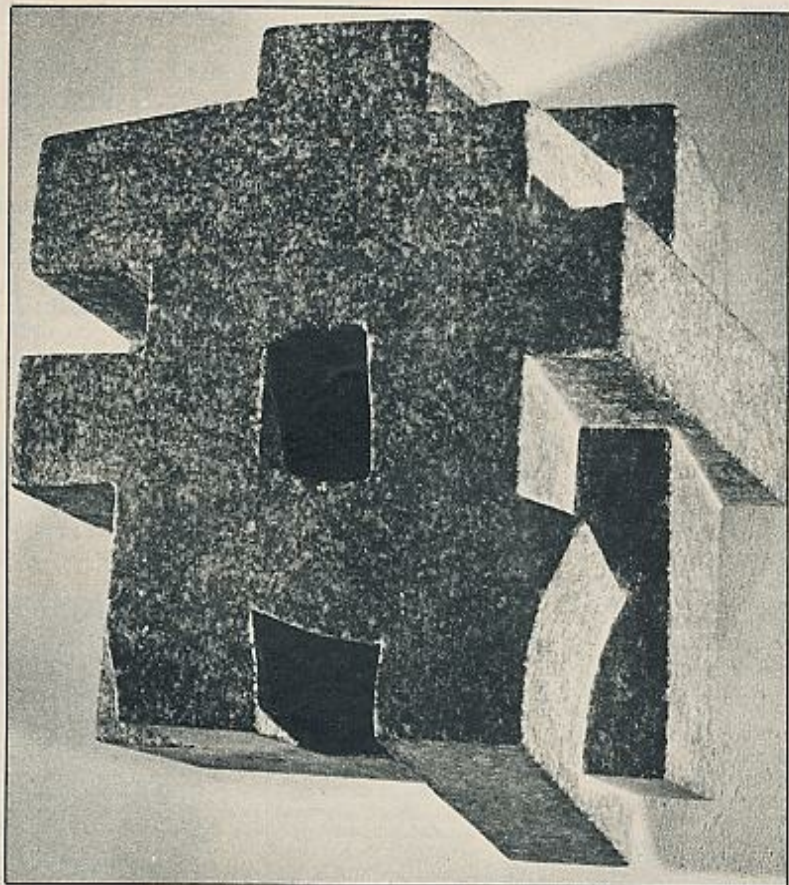
JOSE MONLEON.

un reportaje especial, fuera de los límites de esta sección. ¿Pero valdría la pena hacer ese reportaje en una revista de actualidad como ésta? No sé. Consultaré con la dirección, que en último extremo es la que tiene la palabra en ese orden, pero yo creo que sí. Sí, porque de la misma manera que el presente también es historia del mundo, y con ese criterio aparece en todos mis comentarios, lo que ya es historia pasada está ligado de manera indisoluble con nuestro presente. Pero antes de ese comentario tendrán que ir, en cualquiera de los números próximos, los de los cuatro paisajistas que en estos días abren sus exposiciones en Madrid: Beruete, Ortega Muñoz, Zabaleta y Caneja. No obstante, habrá que referirse aquí, aunque brevemente, a las dos citadas exposiciones colectivas. Luego, ya veremos.

La exposición de tapices rumanos, en el Palacio de Exposiciones y Congresos

La recién inaugurada apertura de relaciones consulares entre Rumania y España ha hecho posible, también, una apertura a las relaciones culturales. ¡Con cuánta puntualidad ha llegado la cultura por el camino que abrieron los cónsules! Quienes somos escépticos, quienes creemos que las cosas suceden siempre al revés y llegamos a pensar que es la cultura la que allana el camino de la diplomacia, tenemos ahora una buena ocasión de rectificar. Pero no, no rectificamos. Tampoco voy a adoptar ahora una actitud culturalista y sacar a relucir aquí la obra de Trajano para justificar una corriente de simpatía fundada en no se sabe bien qué supuestos. Lo que creo es que esa corriente de simpatía es previa a la apertura diplomática, y no al contrario. Así lo creo. Así debe ser. Mientras tanto, felicitemonos porque algo como esta exposición sea posible ya en España.

Rumania es uno de los países que poseen mayor densidad de riqueza folklórica de Europa. Los artes de la pañanía, llevados a todos los niveles, desde el del simple objeto musical popular hasta



CHILLIDA, OTRA VEZ

Acaba de inaugurarse en París una importante exposición dedicada a la parcela gráfica de Eduardo Chillida. Alrededor de cincuenta obras —colajes y dibujos—, ejecutadas a partir de 1960, añaden un interés auténtico a la personalidad del artista vasco e incluso iluminan, desde su independencia nítida, el quehacer escultórico del mismo. Esta actitud estimulante alcanza un singular sentido al enfrentar una serie de dibujos figurativos (las manos del propio Chillida) con los otros dibujos, enteramente ajenos al campo de la figuración, y, a la vez, con las realizaciones escultóricas más dispares. El alabastro es el material que Chillida ha elegido para siete relieves, al lado de un granito y un mármol, en un elogio prod-

gioso de la luz. Con motivo de esta exposición, la galería Maeght ha editado un número especial de «Derrière le miroir», con prólogo de Franz Meyer.

También la librería La Hune expone actualmente una nueva obra del filósofo Martin Heidegger, «El Arte y el Espacio», acompañada de excelentes ilustraciones realizadas por Chillida. Asimismo, dentro de pocos días, se inaugurará el nuevo edificio de la UNESCO en París, para el que Chillida ha creado una escultura de hierro.

Desde su madurez triunfante, nos señala: «Explorar es lo único que me interesa. Como artista, mi camino verdadero creo que es hacer lo que no sé hacer». ■ R. L. CHAO.

ARTE

Las exposiciones colectivas, integradoras de un panorama generalizador, se suceden. ¿Cómo integrarlas en las breves notas de una crónica volandera y semanal? Ahora mismo están abiertas en Madrid la exposición de tapices rumanos —que se clausura uno de estos días— y la magna exposición conmemorativa del V Centenario de los Reyes Católicos. En lo que se refiere a la segunda, pienso que tal vez estaría bien hacer